

Cuaresma, tercer domingo. Los mandamientos, si se miran en profundidad, son el medio que el Señor nos da para defender nuestra libertad tanto de los condicionamientos internos de las pasiones como de los abusos externos de los malintencionados. Los «no» de los mandamientos son otros tantos «sí» al crecimiento de una auténtica libertad.

❖ Cfr. Homilía de Benedicto XVI en la Santa Misa por el mundo del trabajo, domingo, 19 de marzo 2006, III de Cuaresma

- **Los mandamientos, si se miran en profundidad, son el medio que el Señor nos da para defender nuestra libertad tanto de los condicionamientos internos de las pasiones como de los abusos externos de los malintencionados. Los «no» de los mandamientos son otros tantos «sí» al crecimiento de una auténtica libertad.**

Hemos oído juntos una página famosa del Libro del Éxodo, aquella en la que el autor sagrado relata la entrega a Israel del Decálogo de parte de Dios. Un detalle impacta inmediatamente: la enunciación de los mandamientos está introducida por una significativa referencia a la liberación del pueblo de Israel. Dice el texto: «Yo soy el Señor tu Dios, que te he sacado del país de Egipto, de la casa de la servidumbre» (*Ex 20,2*). El Decálogo, por lo tanto, quiere ser una confirmación de la libertad conquistada. En efecto, los mandamientos, si se miran en profundidad, son el medio que el Señor nos da para defender nuestra libertad tanto de los condicionamientos internos de las pasiones como de los abusos externos de los malintencionados. Los «no» de los mandamientos son otros tantos «sí» al crecimiento de una auténtica libertad.

- **El Decálogo es testimonio de un amor de predilección.**

Hay una segunda dimensión en el Decálogo que también hay que subrayar: mediante la Ley dada por mano de Moisés, el Señor revela que quiere cerrar con Israel un pacto de alianza. La Ley, por lo tanto, más que una imposición es un don. Más que mandar lo que el hombre debe hacer, ella quiere hacer manifiesta a todos la elección de Dios: Él está de parte del pueblo elegido; lo ha liberado de la esclavitud y lo rodea con su bondad misericordiosa. El Decálogo es testimonio de un amor de predilección.

- ❖ **La Ley mosaica ha encontrado pleno cumplimiento en Jesús: su celo por la «casa de Dios» al expulsar a los mercaderes del templo.**

Un segundo mensaje nos ofrece la Liturgia de hoy: la Ley mosaica ha encontrado pleno cumplimiento en Jesús, que ha revelado la sabiduría y el amor de Dios mediante el misterio de la Cruz, «escándalo para los judíos, necedad para los gentiles –como nos ha dicho San Pablo en la segunda lectura–; más para los llamados, lo mismo judíos que griegos... fuerza de Dios y sabiduría de Dios» (*1 Co 1,23-24*). Precisamente a este misterio hace referencia la página evangélica recién proclamada: Jesús expulsa del templo a los vendedores y cambistas. El evangelista proporciona la clave de lectura de este significativo episodio a través del versículo de un Salmo: «el celo por tu casa me devora» (*Sal 69,10*). Es Jesús quien es «devorado» por este «celo» por la «casa de Dios», utilizada para objetivos diferentes de aquellos a los que estaba destinada. Ante la petición de los responsables religiosos, que pretenden una señal de su autoridad, entre el estupor de los presentes Él afirma: «Destruid este Santuario y en tres días lo levantaré» (*Jn 2,19*). Palabra misteriosa, incomprensible en ese momento, pero que Juan reformula para sus lectores cristianos, observando: «Él hablaba del santuario de su cuerpo» (*Jn 2,21*). Ese «templo» lo destruirían sus adversarios, pero Él, después de tres días, lo reconstruiría mediante la resurrección. La dolorosa y «escandalosa» muerte de Cristo se coronaría por el triunfo de su gloriosa resurrección. Mientras en este tiempo cuaresmal nos preparamos a revivir en el triduo pascual este acontecimiento central de nuestra salvación, nosotros ya miramos al Crucificado entreviendo en Él el resplandor del Resucitado.